

Una clínica esquizoanalítica desde el Río de la Plata

Afirmar el esquizoanálisis / afirmarse esquizoanalista

Si nos detenemos a observar a los profesionales del ámbito llamado “psi” que trabajan con la obra de Gilles Deleuze y Félix Guattari, la gran mayoría opta significativamente por rehusar nombrarse como esquizoanalistas. Los motivos parecen ser múltiples: decir que ello es algo inalcanzable, in(com)posible, abstracto, cualquierista, estrambótico, poco consistente con la práctica clínica del día a día; aducir que estos autores no brindaron un marco teórico unívoco que esté articulado a una práctica y técnica clínica; evitar caer en un lugar instituido que detenga el movimiento de auto-cuestionamiento constante de la propia praxis; decir que lo esquizo es una deriva del psicoanálisis, que es una crítica interna o externa, o, en el mejor de los casos, que da lugar a una clínica que elucida y minoriza a las otras (pero que se llamará, a fin de cuentas, de otro modo). En Buenos Aires prima especialmente el supuesto de que no hay ni habrá esquizoanálisis (mientras que Guattari decía que ya existía desde antes de tener ese nombre) dado que no hay un único modo de llevarlo a cabo, y que ambos autores sólo dejaron algunos indicios un tanto dispersos de cómo operar con sus aportes en este sentido. Es evidente: nos encantaría comprar un paquete grande de *esquizo ready-made*, pero “lamentablemente” sólo se lo puede hacer de forma casera y sin recetas... Entonces tenemos que muchos y muchas profesionales que trabajan con el esquizoanálisis no lo nombran así, o no se nombran tales, mientras que quizás haya

demasiados de los y las que se dicen esquizoanalistas que operan con una soberbia intelectual que denota una micropolítica opuesta a la que proponen Deleuze y Guattari (yo los llamaría parano-analistas, pero eso no habla de ellos, sino sólo de mi punto de vista). Si retomamos la idea que nos da El Anti-Edipo de los dos polos del delirio, que son también los dos polos del sentido, diremos que creer que se tiene “la posta” del esquizoanálisis (como vemos no pocas veces en Buenos Aires) es sencillamente devenir un analista ubicado en el polo paranoico, que opera por sentidos cerrados y disyunciones excluyentes.

Todas aquellas ideas que enunciamos, ya evidencian hasta qué punto nos cuesta pensar de otro modo. Nominar parecería ser detener, o repetir lo detenido. Quizás el énfasis de ambos autores en los infinitivos y gerundios no ha sido suficientemente articulado y desplegado como para que nos larguemos a nombrar lo que está deviniendo, mencionar un movimiento instituyente que no se justifica en lo que ya incluye, sino que acompaña flujos en forma inclusiva (sin estriarlos a priori). Plantear una nominación que hable de movimientos, que los siga, emprendiendo el viaje con ellos, sin saber a dónde nos llevará (afirmando la incertidumbre), ni importarnos saberlo de entrada. Lo que se tendría así, entonces, son algunas brújulas ético-políticas. Lo que se larga a andar con este libro es una clínica esquizoanalítica que se nombra como tal, para no seguir dando el brazo a torcer a todas aquellas ideas que mencioné al principio. Pero nombrarla así no implica que tal disposición clínica ya esté hecha, cerrada, completa, y que entonces uno la repite (eso nos dice el pensamiento homogenético heredado, y así actúan los parano-analistas). Todo lo contrario. No está hecha, no está acabada, ni quiere estarlo: se diversifica aún cuando no da igual una opción que

otra. Nombrar el esquizoanálisis como tal y nombrarse esquizoanalista es tomar la opción ético-política de afirmarse en ese devenir. Si digo que esta es una elección de ese orden, me refiero a que es una jugada táctica para no ser cómplices, indirectamente, de los modos de hacer instituidos en las academias y escuelas de formación profesionales. Y si agregó que tiene que ver con las disyunciones inclusivas, es también porque en Alfonso encontramos la propuesta de que para nombrarse así hay que tener un devenir ecléctico (un “eclecticismo superior”, decía Gregorio Barendblitt) que abre a leer lo diverso y a transformarse en el camino, lo cual no quiere decir tampoco que cualquier cosa componga con cualquier otra; quiere decir que podemos componer heterogéneos diferenciándose más allá de los territorios existenciales habituales que en nosotros buscan equilibrios, delimitaciones, y seguridades racionales más o menos inmediatas. Lo que se llama post-estructuralismo en la práctica “psi”, en la visión amplia de un paradigma ético y estético, no puede ser sino ecléctico e implica prescindir de ubicarse en las posiciones tradicionales de “operar con UN marco teórico”. A veces, en la praxis clínica, se compondrá con herramientas del grupo operativo, del psicodrama, el esquizodrama, la terapia de pareja, las técnicas de relajación, los abordajes de red, el análisis institucional, etc, etc, etc. En la dimensión de formulación de problemas se articulará herramientas de campos que no tienen por qué haber nombrado los dos franceses que empezaron este juego, por supuesto (pero esto prácticamente aún no sucede, y por eso este libro me parece un aporte fundamental). Pichón Riviere, en especial, puede tener (en estas latitudes) aún mucho para aportarnos en este recorrido, pero puede haber tantísimos más.

Habrá que dar cuenta cada vez, sin embargo, de las opciones éticas que se toman en esa composición estética.

Pese a todo esto, podemos decir que hay saberes propios de este campo de problemas que Deleuze y Guattari merodeaban. Saberes que tienen cierta consistencia, y que no la obtienen de ubicarse como Verdades platónicas. Es muy curiosa aquella idea vetusta (que, al menos en Argentina, sigue operando) de que no puede recibirse una formación en esquizoanálisis. Yo sé que al decir esto despierto desconfianza en muchos lectores, porque ambos franceses cuestionan y critican toda idea relacionada a la transmisión, en beneficio de los agenciamientos creacionistas singularizantes. Pero hay que no tener la más mínima idea de pedagogías alternativas, por ejemplo, para estar seguro de dicha imposibilidad. El problema sería querer transmitirlo bajo la lógica de lo Uno y de lo que llamamos parano-análisis: ritualizar los espacios de formación, sostenerlos homogéneos en el tiempo e indiferentes a las subjetividades que los transitan, proponer argumentos exclusivamente teóricos para convencer a nuestra Razón, creer que porque alguien ocupa algún lugar de coordinación entonces estará ubicado en el lugar de aglutinar el Poder o del Saber, etc.

Lans, tras 25 años de experiencia en este campo y de echar a andar espacios de pensamiento y acción al respecto (por ejemplo: en el Centro Félix Guattari y en la Universidad de la República del Uruguay), afirma el nombre de esquizoanálisis para esta clínica sin que ello implique que se autoriza (en todos y cada uno de los momentos de su praxis) en Deleuze y Guattari para justificar teóricamente cada jugada, cada paso. Más bien, sabemos que las justificaciones teóricas son discursos conscientes o preconscientes que encubren elecciones éticas y políticas (estando estas más cerca de la infraestructura, que es el

deseo, como decían ellos). Por ello el racionalismo gusta tanto, porque “nos hace la cabeza”, aunque nos la saca del cuerpo, y deja a este como un jinete sin cabeza. Así es que este libro debe leerse como Foucault decía de *El Anti-edipo*: como un libro de ética. Aún cuando se discurre sobre teorías, con conceptos, y desde ellos. Lo importante no se juega en el plano racional, sino en los movimientos del jinete al que le arrebataron la cabeza y en las detenciones de la cabeza que cree que ya no puede volver a su cuerpo o que nada de sus movimientos valen ya la pena. (¿O será que el jinete busca en realidad su rostro?, una máquina compleja que articula estratos entre sí).

El esquizoanálisis clínico, en fin, no es racionalista, y el plano de inmanencia no es conceptual sino pre-conceptual. Por ello quizás Lans no se preocupa principalmente por convencer a las mentes, se ocupa de contagiar a los cuerpos. Y no hablo del contagio venenoso de pasiones tristes al que proceden los neuróticos, ya que, como él dice, se trata de evitar extender “el criterio de la neurosis bajo la forma de la normalidad”. A diferencia de ello, se busca la contaminación de pasiones alegres, la composición maquínica que siempre puede tener mucho de misterio inefable pero que puede ser experimentada en un campo corporal y afectivo, que es donde se juega aquel plano de inmanencia. A la Razón le gustan los territorios, los espacios estriados, las Verdades eternas profundas Platónicas, las formas y categorías Aristotélicas, la Representación y la individualización de la enunciación Cartesiana, el Sujeto trascendental Kantiano, el Absoluto Hegeliano, etc. Sin embargo, el phylum maquínico compositivo en el que se inserta la clínica de la que nos habla este libro, procede por otros recorridos: los pre-socráticos, los estoicos, Spinoza, Nietzsche, Bergson, Artaud, Reich, Winnicott, Pichón Riviere,

Baremlitt, y muchos otros que han lanzado piedras a los instituidos de la Razón des-corporalizada que heredamos en tanto cultura occidental. Han limado, cada uno a su manera, sutil y pacientemente el muro del sistema del Juicio. Y decirse esquizoanalista implica continuar con ese ejercicio, con esa intención; no repetir los pensamientos de todos ellos, y mucho menos fundar una coherencia absoluta y sin sombras en la articulación de lo que nos han dicho. Repito: el campo es corporal y afectivo, no eminentemente racional, y aún así hay todavía mucho que trabajar en ese plano afectivo. Por esto el esquizoanálisis clínico no trabaja en el campo de la producción de enunciados (como hace el lacanismo, pero también los cognitivos), sino en el campo de la producción de subjetividad, que siempre es una singularización, y dentro de la cual los enunciados o conceptos sólo son una parte más de la funcionalidad maquinaica compositiva. Así es que podemos decir que Alfonso “trata la escritura como un flujo esquizo en el que pasan toda clase de cosas”, como decía Gilles Deleuze de Félix Guattari. Y es que no hay ninguna diferencia entre aquello de lo que él habla y cómo está escrito este libro.

Este libro en su phylum

Alfonso puede hablar de la obra de Deleuze y Guattari, pero, decíamos, aun cuando se adentra en sus conceptos e indicaciones, lo fundamental para él es rastrear el linaje o phylum maquinaico que hace a estos autores jugar de local (como se dice en el fútbol) y para nosotros, operadores en ámbitos sociales de Latinoamérica. Por ello es que inserta a la clínica esquizonalítica del Río de la plata en parte como una desterritorialización de la psicología social de Pichon Riviere, retomando el objetivo de apuntar a un cambio social,

trabajando para ello la producción de subjetividad como singularización, sabiendo que con las intervenciones micropolíticas y las revoluciones moleculares que se intenta poner en juego siempre se apunta a una intervención a gran escala. Y esto funciona aún cuando el proceso terapéutico no sea directivo porque no se trata de “bajar línea”, sino de bajar uno mismo del cielo de las Ideas para acompañar las líneas de fuga y las blandas, donde el deseo, siempre subversivo, produce y maquina. Esto quiere decir que cuando aquí se hable de esquizoanálisis no se habla de repetir la letra de Deleuze y Guattari, sino de sostener algo en común (ético, micro y macro político) con el impulso de estos autores, y que para nosotros, rioplatenses, no puede venir a estas tierras si no es conectando con producciones locales, como la de Pichon, Bauleo, Bleger, Pavlovsky, Baremlitt, etc. (De aquí en más habrá que agregar a Lans en esa lista).

Para Pichón Riviere, un proceso terapéutico no era una asimilación pasiva del mundo tal cual nos viene dado, ni una acomodación inocente a él, sino una adaptación activa y creativa, singularizante, que requerirá o promoverá que algo del propio entorno se modifique. En esta clínica esquizoanalítica como deriva de la Psicología Social, se afirma esta línea pichoniana en desmedro de cierta concepción que ha primado en el psicoanálisis ortodoxo, en el cual el neurótico es un ser que se mantiene en una posición infantil en la que se aferra al principio de placer y no puede tolerar la frustración que implica el principio de realidad, el cual lo haría madurar. Ergo, maduramos (en este tipo de sociedad capitalista) cuando captamos y aceptamos que las pasiones tristes están al mando de la psique y del mundo. La psicología social de la que habla Alfonso (y que poco tiene en común con aquella de la que se

habla en Buenos Aires, divorciada hace tiempo de la carrera de Psicología), también es clínica individual, grupal, de red, institucional, y comunitaria, precisamente rompe con ese esquema. No justifica al mundo tal cual nos viene dado. No se pone, de una vez y para siempre, del lado de las reglas del juego, aun cuando pueda hacerlo en algún momento como una táctica para desmontar desde adentro ciertas lógicas instituidas.

En el consultorio individual, en un esquizodrama grupal, en un dispositivo comunitario del barrio Peñarol, en la universidad pública, se agitan olas, pero el esquizoanalista no concibe la ola como individual, sino como singular, en tensión con el mar y el océano (una planicie: *plateaux*) del que aquella emerge. No para reducir su especificidad, sino para leer hasta qué punto ella surge de lo que diferencia, de lo que escapa de aquella tendencia macro, masificante, y también para seguir aquella línea del deseo que subvierte y pugna por diferenciar y heterogeneizar el mundo que puebla.

Enunciación polifónica

*“La grasa de las capitales,
no se banca más”
(Serú Girán).*

Alfonso habla desde distintos lugares, con distintas voces. Pasa de una a la otra. A veces lenta y a veces rápidamente. Su prosa discurre a través de los modos del docente universitario, del psicólogo con gran experiencia clínica en sentido amplio y en entornos institucionales y comunitarios, del militante marxista crítico y no dogmático, pero (y quizás esto constituya su mayor singularidad) también hallamos en él la voz de un *hombre de pueblo*. De esto, me importa señalar dos

características: por momentos puede decirnos las cosas de forma extremadamente sencilla y, por otro lado, denota una sensibilidad ético-política singular. No estamos acostumbrados a encontrarnos a alguien así en los ámbitos de producción y reproducción de los saberes. Creo que esta dimensión del *hombre de pueblo* es fundamental para conectar con su escritura, para llegar a aquel “fondo común” sin el que, como decía Deleuze, no podemos hacer nada con un autor. Por ello yo siento una gran afinidad en ese devenir minoritario, ya que me considero un hombre *de barrio*, y definitivamente no uno de ciudad (siendo este el emplazamiento estratégico de los pensamientos académicos mayoritarios y hegemónicos). Siento realmente que este no es un aspecto menor, en cuanto a su posible relevancia. Menos aún cuando el esquizoanálisis suele ser hablado por gente muy docta, muy culta, muy refinada, quizás demasiado citadina. No digo que el territorio físico en el que uno habita o del que uno viene determine el pensamiento o alguna subjetividad, sino que las condiciona, y que la tendencia mayoritaria en un mundo globalizado es la universalización del pensamiento de ciudad. Es que hay afectos que se expresan en determinados territorios (basta recordar el ejemplo de la garrapata que Deleuze gustaba dar), y que un hombre de pueblo en una ciudad, en un aparato académico estatal, puede devenir una máquina de guerra para minorizar el pensamiento atacando los intentos de reproducción de Lo Mismo y de imposición de discursos mayoritarios. Sostener ese devenir molecular o menor es claramente sostener las tensiones con dichos aparatos. Y bien sabemos que lo más habitual en los oprimidos y marginados es, cuando tienen acceso a estos lugares institucionales, repetir activamente lo vivido pasivamente (Freud y Freire lo decían habitualmente) dado que uno siente,

por fin, la seguridad de poder hablar desde los estratos dominantes. Todos conocemos la historia de aquel hombre de pueblo o de barrio que no sostuvo su devenir minoritario cuando se recibió, o cuando accedió al cargo jerarquizado en la fábrica, la empresa, el puesto universitario, estatal, etc. Y no es casualidad que precisamente sea en una experiencia barrial de Psicología Social y Comunitaria donde esta práctica devino para el autor en ser pensada y nombrada por primera vez como clínica esquizoanalítica: se trata del viejo barrio Peñarol. La práctica privada de consultorio lo fue después. Trayectoria singular. Con todo ello, el lector encontrará que en Alfonso, la sensibilidad del pueblo permanece y sigue floreciendo, y al ser afirmada le permite extraer partículas o moléculas que lo alejan de la molaridad del hombre de ciudad, adulto, blanco, occidental, etc.

Por otro lado, es cierto que se está hablando más de Deleuze en estos últimos años, pero las más de las veces vemos caer dicho uso bajo un modo ortodoxo que reinstala todo aquello que la obra de Guattari intenta conjurar: el academicismo, el excesivo respeto, las líneas duras por sobre las blandas y las de fuga. Aun cuando Deleuze mismo pedía a los gritos no ser utilizado así, lo hacía dentro de las academias, con lenguaje de académico, y otorgando nuevas perspectivas respecto de autores clásicos de la historia de la filosofía. Y si el capitalismo mundial integrado funciona como axiomática que reterritorializa los flujos descodificados del deseo, y entendemos que los aparatos burocráticos de producción de conocimiento responden a esas lógicas gubernamentales del aparato de estado, entonces es comprensible que las semióticas del pueblo y del barrio sean barridas por un lenguaje universitario estandarizado. Deleuze decía que el caballo de carreras se parece más a un perro de

carreras que a un caballo de tiro, por los afectos de los que es capaz en los territorios que habita; pues bien, hay que decir que los intelectuales de distintas partes del mundo se parecen más entre sí, que si los comparamos a ellos mismos con sus compatriotas. Alfonso no pertenece a ese guetto. Por esto su relación con las instituciones de ese estilo (y de ciudad) no ha sido exenta de conflictos. Y por ello, a veces sus propuestas pueden molestar al lector. No seamos hipócritas, devengamos más nietzscheanos: ¡lo realmente peligroso sería una clínica que no moleste a nadie!

Introducir un devenir minoritario tal en un aparato institucional mayoritario respecto de los saberes (como es la Universidad pública) con legitimación oficial y estatal, es una propuesta ético-política y no puede ser otra cosa que provocativa. Lans la realiza y la sostiene, formando durante un cuarto de siglo en este campo de problemas que es el esquizoanálisis. Y, repetimos, no teme a decir esa palabra. Y cuando la dice no se ubica en el polo paranoico. No cae, por ende, en el “filosofismo” racionalista que habla en lenguaje deleuzeano pero con una política reaccionaria.

El autor de este libro no se inserta en aquella pseudo-moda deleuziana: viene produciendo desde antes que ella emerja (y con otros criterios) y, además, el campo de formulación de problemas del que parte es el de la clínica psicológica que no separa lo individual de lo social, sino que lo entrama, tensionando. En su modo de trabajo, no se propone reformar subjetividades para adaptarlas mejor a un sistema opresor, sino que cuestiona al sistema localmente, molecularmente, para desmontarlo por dentro, pieza por pieza. Por estas cuestiones es que el esquizoanálisis clínico del Río de la Plata barre con todas las dicotomías (que pertenecen a las disyunciones exclusivas)

para operar en el campo de las disyunciones inclusivas: individuo-sociedad, reforma-revolución, naturaleza-cultura, ámbito clínico-ámbito comunitario, asistencia-promoción de la salud. Nada de supuestas neutralidades tibias. Apertura lisa de los distintos campos estriados que conforman los territorios nuestros de cada día.

Algunas propuestas clínicas

La clínica para Lans es como un juego de dominó; en él nunca se busca tirar sólo la ficha de al lado, o dos o tres conexas; mucho menos se busca que gire sobre sí misma para cambiar su “posición subjetiva”. Se busca el contagio y la alianza que hace rizoma. Se interviene en la materialidad de las situaciones; se trabaja, no lo simbólico y lo imaginario, sino lo Real: lo vemos en los relatos comunitarios pero también en el caso L. y en el emblemático caso del Sr. K. No se busca que el sr. K asuma su propia historia, o que llegue a una nueva intelección de lo que han hecho con él, o de los motivos profundos de su amnesia. Lans interviene por múltiples entradas en (al menos) seis movimientos, dando cuenta de su idea del “encuadre móvil” que esta clínica nos demanda.

Precisamente, uno de los aportes fundamentales de este libro me parece la revisitación y elucidación del concepto de “encuadre” de José Bleger. Nos sitúa la propuesta de este autor en función de los problemas específicos a los que respondió (intento de legitimación epistemológica de la práctica psicoanalítica bajo nociones idealistas y parámetros positivistas), y en su contexto socio-histórico singular (décadas de 1950 y 1960 en Buenos Aires y Montevideo). Nos esclarece sobre la confusión del encuadre con el contrato de trabajo terapéutico, operación por la que el encuadre es concebido como fijo,

articulado por líneas constantes o invariantes, para que lo que aparezca en él sea leído como las variables individuales que circulan frente a un lente inerte.

Alfonso esquizoanaliza a martillazos, pero también nos convida algunas indicaciones sensibles para emprender una disposición clínica singularizante (anti-neutral y por ello ética y micropolítica). Nos sugiere algunas reglas posibles para la clínica guattareuze: dejar venir el campo corporal afectivo, captar las distancias, y proceder por la regla anti-regla que nos daba Félix, aquella de auto-cuestionar constantemente los propios agenciamientos de enunciación. En esta clínica se trata de formular (entre todos los involucrados) los problemas. A veces de desbloquear, desencadenar fuerzas, pasiones, acciones, deseos. Nunca se trata, aquí, de encontrar un conflicto y enunciar su Verdad oculta esperando una curación por la vía del lenguaje. Si hay algo que cura, opera por el lado de las máquinas de liberación que puedan componerse en la articulación entre el deseo y lo social. Por ello, este libro es tanto de clínica psicológica, en todos sus ámbitos posibles, como de intervención colectiva de otros tipos sobre los distintos estratos anti-productivos (siempre socio-históricos, culturales, situados) que generan nuestros padeceres (que siempre constituyen un emergente de una situación amplia y compleja, un agenciamiento).

Post-data (o médium data, sin pre ni post)

La gran mayoría de estos textos han sido editados anteriormente en formato libro en distintas publicaciones, pero todas ellas se han agotado. Con lo cual, tenemos una nueva y valiosa oportunidad para entrar en conexión con este autor que nos convida sus reflexiones y sus acciones, en este campo de

problemas (el esquizoanálisis) en el que solemos asistir a una suerte de vacío de producciones escritas en la que se dé cuenta de cómo trabajamos en esta clínica ampliada.

En fin, dejo al lector la invitación de entrarle a la compilación de fragmentos que componen este libro de modo que al acompañar a Lans en sus recorridos se pueda asistir a un encuentro (en un *entre-medio*) con él, en un campo corporal y afectivo que habrá que *dejar venir*. Entregarse a devenir algo que ya no será ni el lector / la lectora ni el escritor, sino un agenciamiento maquínico de deseo o colectivo de enunciación que se puede poner en marcha a condición de que nuestra disposición sea estar abiertos a buscar (aquí y en todos lados) lo que conviene a nuestras potencias y a las de aquellos con quienes compongamos relaciones al infinito. Y acaso la clínica no sea tanto más que trabajar artesanalmente (y ético-políticamente, con mucho cuidado) en dicha composición.

Sergio D. Ragonese

Lic. en Psicología (UBA), Prof. En Psicología (UAI), y Maestrando en Salud Mental Comunitaria (UNLa). Docente de la Facultad de Psicología de la UBA así como de instituciones privadas. Es analista individual, grupal, y en dispositivos de intervenciones institucionales. Ha trabajado en el ámbito comunitario y en perspectiva de Derechos con diversas minorías y poblaciones marginadas (por cuestiones de discapacidad intelectual, clase social, diversidades de género, o tercera edad). Se ha formado y se sigue formando en Esquizoanálisis.